



Tiempo de Navidad



Subsidio bíblico-litúrgico
SOLEMNIDAD DE NAVIDAD MISA DE MEDIANOCHE
25 DE DICIEMBRE DE 2020

I. NOTAS EXEGÉTICAS

• Isaías 9, 1-6 ***El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande***

La locución 'andar en tinieblas' en muchas ocasiones hace referencia a la idolatría, esto es, a la ausencia de la Palabra que orienta la vida. Si consideramos el anuncio en el capítulo siete de Isaías sobre la doncella que dará a luz (Is 7, 14), es posible que el acontecimiento histórico al que hace referencia directa Is 9, 1-6 sea el nacimiento de Ezequías, hijo del rey Ajaz. El gobierno de Ezequías significó para el reino de Judá un destello de luz: retiro de los santuarios idolátricos, reforma cultural, suspensión del tributo al rey de Asiria (2Re 18, 1-8). Para el evangelista Mateo se trata del anuncio del verdadero Emmanuel: Cristo (Mt 4, 12-17). En la celebración de esta noche, el leccionario orienta este texto hacia el evangelio de la Misa y entonces hay que referirlo al Mesías, el Señor (Lc 2, 14), quien trae la paz definitiva.

• Salmo 95 ***Hoy nos ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor.***

Como respuesta al texto proclamado en la 1ª lectura, el salmo (95) invita a toda la tierra: pueblos, naciones y la creación entera, a alabar a Dios. La invitación vincula varias actividades: cantar, alabar, vitorear, aclamar y con ellas también anunciar la gloria del Señor. En el leccionario, la cuarta estrofa expone el motivo de la alabanza: el Señor viene a gobernar con justicia y fidelidad.

• Tito 2, 11-14 ***Ha aparecido la gracia de Dios a todos los hombres***

En estos versículos se recogen tres insistencias de las cartas pastorales. 1ª, la revelación cristiana que pone en evidencia la situación de la vida sin Dios, regida por la impiedad y los deseos mundanos; 2ª, la divinidad de Jesucristo, gran Dios y Salvador nuestro, y 3ª, la tensión escatológica entre la primera manifestación de Cristo y su segunda venida: la dicha que esperamos.

Lucas 2, 1-14 **No temáis, os traigo una buena noticia**

En los anuncios kerigmáticos de la Iglesia apostólica no se incluyó información sobre el nacimiento y la infancia de Jesús, los dos primeros capítulos de Mateo y Lucas proporcionan esta información, pero el interés de estos capítulos no está tanto en el acontecimiento mismo del nacimiento como sí en la revelación de la identidad de Jesús. Él es Hijo de Dios, esto lo revela el ángel en la anunciación (Lc 1, 32.35); es el Rey de los judíos, lo llaman así los magos (Mt 2, 2); es el Salvador (Mt 1, 21; Lc 2, 11); es el Mesías, el Señor (Lc 2, 11).

Probablemente las tensiones internas de la comunidad posapostólica originadas unas desde tendencias judaizantes y otras por las interpretaciones gnósticas del mensaje cristiano, hicieron ver la necesidad de enseñar que Jesús es Hijo de Dios desde antes de su nacimiento. De hecho, en estos relatos de la infancia se deja ver la hostilidad de algunos contra Jesús; en el relato de Mateo Herodes quiere matar al Rey de los judíos; en el de Lucas, Simeón anuncia que Jesús será «como un signo de contradicción».

Tanto Mateo como Lucas, después de exponer en forma sucinta el nacimiento, dicen que este acontecimiento es revelado a dos grupos, en la narración de Lucas a unos pastores, en la de Mateo, a los magos. El mensaje de revelación mueve a cada grupo a dirigirse a Belén, los destinatarios encuentran allí al Niño y regresan a su lugar habitual. De ellos no se halla mención posterior en la historia de Jesús.

En el texto que leemos en la Misa navideña de medianoche, Lucas se vale de la realización de un censo para situar a María y a José en Belén (vv. 1-5), la datación del censo sitúa la acción bajo el reinado de César Augusto, reinado que significó el final de una guerra de más de un siglo, por ello el mundo propone la pax Augustae; los ángeles proclaman la pax Christi.

El acontecimiento del nacimiento, como se ha dicho antes, es brevemente expuesto. De la anotación «lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada» se ha partido para fustigar la dureza de los hombres; pero en la intención del evangelista este apunte probablemente tiene el propósito de llevarnos al texto de Isaías 1, 3, que alude al alejamiento de la Alianza: «Conoce el buey a su dueño y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no conoce, mi pueblo

II - PISTAS PARA LA HOMILÍA

- La tentación de la mundanidad
En varias ocasiones el papa Francisco llama la atención sobre el peligro de una «mundanidad espiritual» que se puede esconder tras apariencias de vida piadosa. Estamos expuestos a contagiarnos de los criterios del mundo y querer para nosotros estilos de vida que contradicen la verdad del Evangelio. Esta mundanidad se alimenta de un gnosticismo que «encierra a la fe en el subjetivismo, donde solo interesa una determinada experiencia o una serie de conocimientos que reconfortan e iluminan», o bien se nutre de un neo pelagianismo de «quienes en el fondo solo confían en sus propias fuerzas y se sienten superiores a otros por cumplir determinadas normas o por ser inquebrantablemente fieles a cierto estilo católico propio del pasado» (Evangelii gaudium, 94).

- La luz
Los pastores de la Iglesia comenzaron a proponer la celebración del nacimiento de Cristo en el siglo III, para distanciar a los fieles del culto pagano que celebraba el 25 de diciembre la fiesta del sol invicto. Los Padres de la Iglesia convocaban a los cristianos para celebrar este día el nacimiento de Cristo, el verdadero sol que nace de lo alto.

Este origen, que giró en torno a la luz, puso en primer plano el aspecto de la revelación que hace Cristo del plan de Dios para una humanidad que se presenta como «pueblo que caminaba en tinieblas» y que necesita ser iluminada. Pues la palabra que trae Cristo nos insta a «que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, llevemos ya desde ahora una vida sobria, justa y piadosa».

La oración colecta de la Misa de medianoche está en esta línea «Oh Dios, que hiciste brillar esta santísima noche con la claridad de la luz verdadera, concede, a quienes hemos conocido los misterios de la luz en la tierra, que disfrutemos también con sus alegrías en el cielo». Del mismo modo la colecta de la Misa de aurora: «que, inundados con la luz nueva de tu Palabra hecha carne, resplandezca en nuestras obras la fe que haces brillar en nuestro espíritu».

- El misterio de la Encarnación
Las controversias cristológicas del ambiente en que comenzó a celebrarse el nacimiento de Cristo impulsaron los trabajos para profundizar en la persona y misión de Jesús y estos desarrollos en el dogma pasaron a la celebración. El acontecimiento central de la Navidad, la acogida del Emmanuel (Dios-con-nosotros) es el misterio de la Encarnación. La reforma litúrgica que promueve el Vaticano II se hace sobre la necesidad de favorecer la participación no solo en la celebración sino, y fundamentalmente, en el misterio que se celebra.

Participar del misterio de la Encarnación nos pide, en primer lugar, comprender y acoger la revelación de Dios en Jesucristo. «El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado». A partir del alumbramiento de nuestra identidad comprendemos nuestra vocación particular dentro de este plan de Dios. De otra parte, el misterio que celebramos esta noche nos descubre que la salvación es un proyecto que Dios está realizando en la historia de cada ser humano y en la historia de la humanidad, pues «el mismo Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo hombre» (Gaudium et spes, 22).

- Paso al rito

La participación en la celebración de la Navidad nos dispone para reconocer que en nuestra propia existencia se ha comenzado a manifestar la vida que Dios ofrece a todo ser humano, vida divina, vida de hijos de Dios. Así lo oramos en el prefacio III de Navidad: por Cristo «hoy resplandece el intercambio de nuestra salvación, ya que, al ser asumida nuestra fragilidad por tu Palabra, no sólo cambia en honor perpetuo la condición humana mortal, sino que, además, por esta admirable participación, llegamos a ser eternos».

III – SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición inicial

La noche suele hacernos pensar en el valor y la necesidad de la luz. Necesitamos ser iluminados. Dios alumbra esta noche con el gozo del nacimiento de Jesús. La fe nos ha traído a este templo para acoger el misterio del Verbo hecho carne que ilumina la existencia de todo ser humano. Dejémonos iluminar por su resplandor para que se acreciente en nosotros la vida de hijos de Dios.

Monición a las lecturas

A la expectativa creada durante las semanas del Adviento, Dios nos responde con el acontecimiento que celebramos esta noche. En la sagrada Escritura muchas veces con la imagen de ‘caminar en las tinieblas’ se habla de la situación del pueblo alejado de la Alianza, pero la fidelidad de Dios se manifiesta respondiendo a las búsquedas del ser humano. Mientras aguardamos la manifestación plena de la gloria de Cristo, Él se nos da a conocer en la fragilidad de un niño puesto en un pesebre. Acojámoslo en su palabra.

Oración de los fieles

[*Presidente*]: En esta noche en la que Dios nos manifiesta su amor y su fidelidad, acudamos con nuestra oración para que la claridad que brilla en Navidad ilumine la vida de toda la humanidad.

R/. Por tu nacimiento, escúchanos, Señor.

1. Para que el Hijo de Dios que, al entrar en este mundo, inauguró la etapa definitiva de la historia, conceda a todos los cristianos vivir la vida nueva que Él alumbra con su nacimiento.
2. Para que el Hijo de Dios, que se ha hecho hombre para ser pastor de su pueblo, conceda al papa Francisco y a nuestro obispo Luis José realizar su ministerio con celo apostólico.
3. Para que el Hijo de Dios, que quiso asumir las debilidades humanas, sea la fuerza de quienes se ven afectados por la crisis sanitaria y económica que atraviesa el mundo.
4. Para que el Hijo de Dios, que en esta noche ilumina a los cristianos con su nacimiento, revele la claridad de su Evangelio a quienes aún lo desconocen.

5. Para que el Hijo de Dios, que con su nacimiento nos abre el camino para que lleguemos a ser en plenitud hijos de Dios, reciba en su reino a nuestros familiares y amigos que en años anteriores celebraron la Navidad con nosotros.
6. Para que el Hijo de Dios, que se revela hoy como el Emmanuel, nos conceda la gracia de vivir según su Evangelio para estar siempre con Él en la eternidad y nos permita vivir a todos una feliz y santa Navidad.

[*Presidente*]: Señor Jesucristo, que te has hecho pobre para enriquecernos con tu pobreza, fortalece nuestra fe para que acogiendo tu palabra nunca caminemos en las tinieblas y al final de nuestra vida participemos en plenitud del reino de la luz. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.